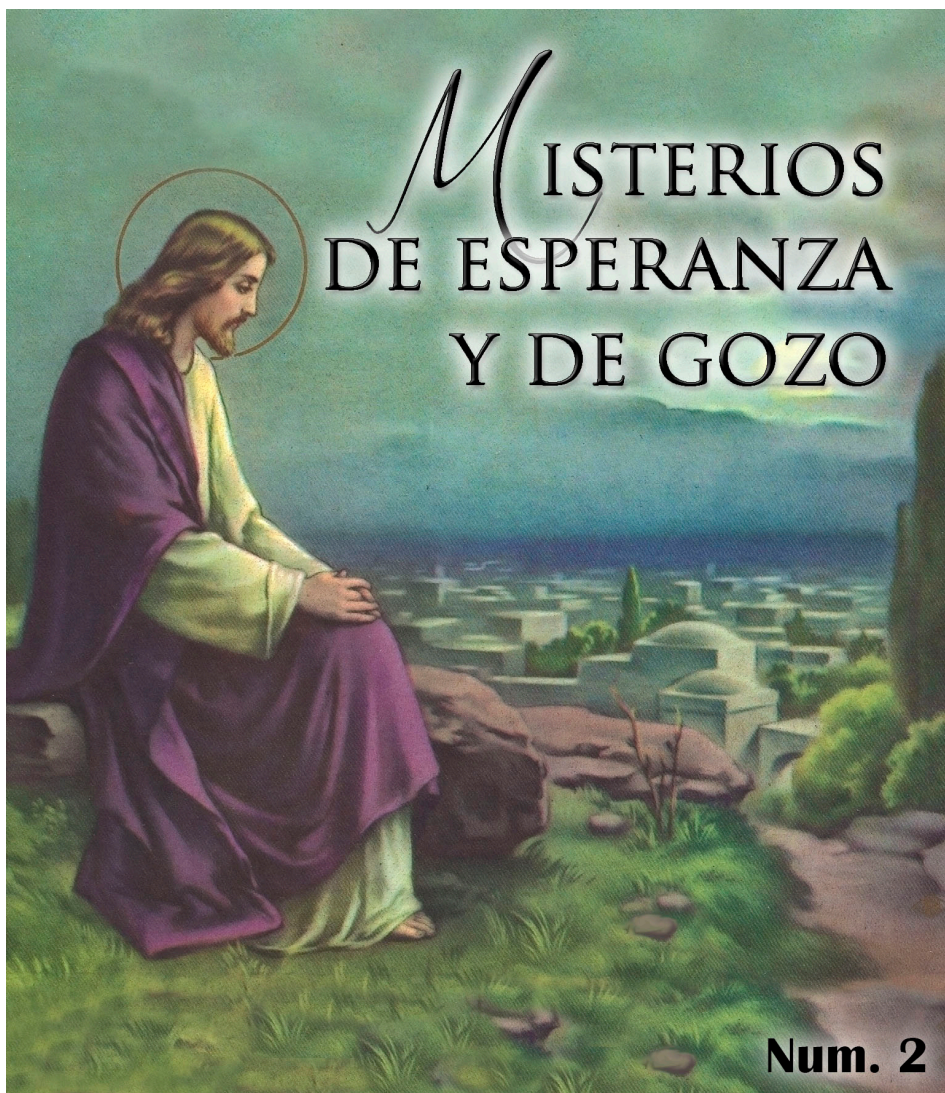




BOLETÍN TRIMESTRAL DE LA ORDEN MÍNIMA FRANCISCANA
MAY - JUL DE 2018 Número 171 Donativo \$7.00 M.N.



Num. 2



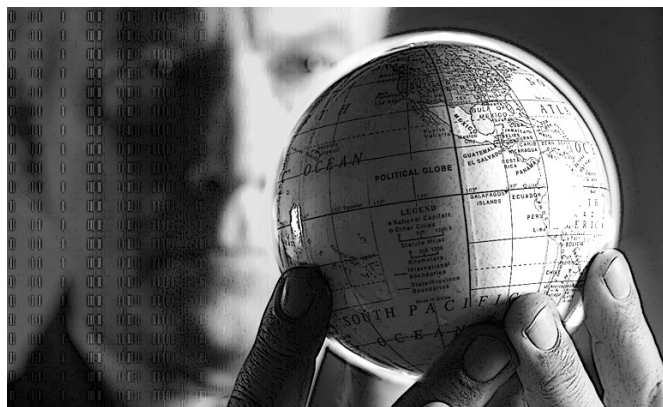
Continúa del número anterior del libro escrito por Charles Arminjon

Primera Conferencia

El Fin del Mundo. Signos que lo
Precederán y Circunstancias que lo
Acompañarán.

La ciencia materialista y atea de nuestro siglo, que testimonian las grandes corrientes de opinión anticristianas actuales, se obstina en no ver más que el efecto del azar en el orden y la perfección del universo y firma la eternidad de la materia. De acuerdo con esta ciencia falsa, el universo actual subsistirá siempre, por lo que si progresa y mejora, se debe únicamente al efecto del genio del hombre y la actividad de fuerzas sin nombre y todavía desconocidas, que la naturaleza esconde en su seno, fuerzas que por ellas mismas son susceptibles de un progreso, de un desarrollo ilimitado e indefinido. El

hombre, con la ayuda de la ciencia, alcanzará un día el nivel culminante de la soberanía. Vencerá al tiempo y al espacio. A los ojos de la ciencia atea, el paraíso y la vida eterna, tal y como los presentan los cristianos, son una alegoría y un mito. El progreso es el fin último, la ley y el fundamento de la vida del hombre, el término, el objetivo donde deben converger todos sus pensamientos y aspiraciones. Para la ciencia atea el hombre debe rechazar con valentía las ataduras y las tinieblas de las supersticiones y de las creencias tiránicas y anticuadas y no tener fe más que en sí mismo y en un futuro más o menos cercano, en el que será investido de una soberanía sin medida y sin trabas sobre la creación y sobre los elementos. La naturaleza, completamente sumisa a su talento, se abrirá



entonces como un cuerno de la abundancia para derramar sobre una nueva humanidad todos los bienes deseables; y si las generaciones presentes no consiguen alcanzar este ideal de felicidad, pueden consolar-

se con la perspectiva de que será propiedad de la posteridad, propiedad todavía más gloriosa por haberla conseguido independientemente y sin la ayuda de Dios, fruto exclusivo y personal de su perseverancia, de sus esfuerzos y de su habilidad. ¿Tengo



necesidad de decir que estos sueños fantásticos, estas burdas e insensatas teorías, son rechazados por la razón y la conciencia universal de los pueblos? Los rechaza la razón cristiana. En efecto, si de acuerdo con nuestra fe y nuestra convicción de cristianos, la vida temporal tuvo su principio y su comienzo en Dios, es necesario que tenga también en Dios su consumación y su destino. El hombre ha sido creado para conocer a Dios, para amarle y para servirle, y si no llegara un día en el que lo poseyera y estuviera irrevocablemente unido a Él, el plan del creador, desprovisto de todo fin racional, no sería más que una monstruosidad y una aberración. ¿Dónde quedarían la justicia, la moral, la seguridad de las familias y de los poderes públicos, en un sistema en el que todo fuera inconsecuencia y contradicción, en el que el ideal nunca llegara a ser realidad, en el que el bien no se separara nunca del mal y no se ofreciera medida alguna para determinar la importancia de la vida moral y la verdadera sanción de los actos humanos? Es un principio constatado y una ley general de la naturaleza que todo lo que está sujeto al movimiento, a la descomposición, sometido al tiempo, limitado por las

dimensiones, se estropea, envejece y termina por desaparecer y por perecer. Ni siquiera los organismos más perfectos y sólidamente constituidos podrían funcionar indefinidamente. Los seres vivos, como los animales y las plantas, incluso los mismos minerales, están sujetos a fuerzas contrarias de atracción y repulsión y así, las rocas y los granitos más duros sufren la corrosión, que tarde o temprano les harán tambalear. En el firmamento vemos a los astros apagarse y desaparecer. Todo movimiento, incluso el de los cielos, tiende a ralentizarse. Astrónomos eminentes han observado en el cielo y en las estrellas pérdidas de calor y de luz, ciertamente imperceptibles a simple vista pero que, a lo largo de los siglos, no dejarán de influir de forma desastrosa en el clima y en las estaciones. Del mismo modo que el mundo ha tenido su juventud, vendrá un tiempo en el que el mundo tendrá su crepúsculo y correrá hacia su atardecer y su declive. Éstas son verdades de observación y de sentido común que la razón comprende con facilidad, pero sólo el cristianismo ha demostrado su certidumbre y conveniencia. Por tanto, el mundo tendrá un fin, ¿pero este fin está lejano o próximo? Es una pregunta seria, pal-

pitante y digna de la meditación de las almas cristianas.

Sobre esto dijo el Señor: *“Aprended esta comparación tomada de la higuera: cuando sus ramas ya están tiernas y brotan las hojas, sabéis que se acerca el verano. Asimismo, cuando veáis todo esto, -es decir; las guerras, las hambrunas, los temblores de tierra-, sabed que el Hijo del hombre está a las puertas”* (Mat. XXIV, 32-33).

En verdad, estos desastres públicos, estos problemas y las alteraciones de los elementos y del curso normal de las estaciones que señalarán la última venida del Hijo de Dios son signos vagos e indeterminados. Se han manifestado, con mayor o menor intensidad, en todas las épocas nefastas de la humanidad, en todas las épocas de crisis y de conmoción religiosa.

Así que, Jesucristo, para no dar lugar a equívocos y a falsas interpretaciones, nos dijo que las calamidades y los prodigios naturales que señalarán los últimos tiempos de la humanidad no son sino el preludio y el comienzo de dolores todavía mayores. Por tanto, de los desastres y de las revoluciones actuales, de los desórdenes morales, de los grandes cataclismos religiosos y sociales de los que América y el mundo son escenario en este momento, no se puede sacar ninguna conclusión sobre el fin de los tiempos. Los signos de hoy son como los que tuvieron lugar en los tiempos antiguos y la experiencia constata que son insuficientes para probar la proximidad del juicio.

¿Durará el mundo cien años todavía? ¿Terminará con el milenio actual? ¿Recorrerá la humanidad, bajo la ley de la gracia del cristianismo, tantos años como los que recorrió bajo la ley de la naturaleza o bajo la ley mosaica? Son cuestiones para las que no podemos aventurar ninguna hipótesis, ninguna conjetura. La Providencia ha determinado que ese día sea desconocido y que nadie lo descubra antes de su advenimiento: *“ese día nadie lo conoce”* (Mat. XXIV, 8). San Agustín señala que en la Sagrada Escritura, la palabra día debe interpretarse en el sentido de una duración cualquiera.

La razón es que el fin del mundo no será sólo el efecto de una causa natural, sino que depende sobre todo de la voluntad de Dios, que no nos ha sido revelada. Es verdad de fe que los destinos humanos llegarán a su fin cuando se complete la cantidad de los santos y se alcance el número de los elegidos. Ahora bien, ningún hombre puede, no sólo con certeza, sino ni siquiera apoyándose en con-



jeturas probables, conocer el número de los predestinados y todavía menos en cuánto tiempo se completará este número, ¿cómo prever en cuanto tiempo se alcanzará su número? Por eso, considerando la causa primordial del mundo, que no es otra que el misterio escondido de la predestinación, nadie puede concluir si el fin del mundo está próximo o lejano.

No obstante, Jesucristo no deja de recordar a los hombres, primero, que el fin del mundo es seguro; segundo, que está relativamente cerca; tercero, que no tendrá lugar antes de que se hayan producido, no los signos comunes y generales que han tenido lugar en todos los tiempos, sino los signos propios y específicos que Él nos ha indicado claramente. Estos signos no son sólo calamidades y revoluciones de los astros, sino también acontecimientos de carácter público, que al mismo tiempo se refieren al orden religioso y al social, sobre los que la humanidad no puede equivocarse.

El primer acontecimiento que anuncia el final de los tiempos es el que indica el Salvador en San Mateo, capítulo XXIV, cuando nos dice: *“Este Evangelio del Reino de Dios será proclamado en el mundo entero como testimonio ante todos los pueblos y solamente entonces llegará el fin”*. El segundo de estos hechos será la aparición del hombre de pecado, el Anticristo (2 Tes II, 3-4). El tercero, la conversión del pueblo judío, que adorará al Señor Jesús y le reconocerá como el Mesías prometido (Rom. XI, 14-17).

Es evidente que los dos acontecimientos últimos, indicados por San

Pablo como signos de la proximidad de la desolación suprema, no han tenido lugar. El Anticristo no ha aparecido todavía, y los judíos, como nación, no se han quitado todavía de los ojos la tupida venda que les impide proclamar como Dios al que ellos crucificaron. Queda examinar si, en el momento actual, el Evangelio ha sido predicado en toda la tierra y se ha ofrecido en testimonio a todas las naciones.

En este punto, las opiniones de los Padres y Doctores se dividen. Unos dicen que las palabras de Jesucristo deben interpretarse moralmente, y que ha de entenderse que para su cumplimiento es suficiente que los misioneros hayan iluminado, en las distintas partes de la tierra habitable, a un cierto número de inteligencias aisladas y que en cada desierto, en cada costa lejana, se haya enarbolado la cruz al menos una vez. Otros, tales como San Jerónimo y Beda, entienden que las palabras del Hijo de Dios deben entenderse en un sentido más estricto y literal. Cornelio a Lápide, el más sabio de los intérpretes de los Libros Sagrados, entiende que el fin de los tiempos no llegará antes de que el Cristianismo haya sido, no sólo predicado, propagado, sino que haya sido establecido, organizado y que haya permanecido como una institución pública entre los hombres de todas las razas y nacionalidades: de tal forma que no haya ni un lugar actualmente desconocido en cualquiera de los dos hemisferios, en el que el Evangelio no haya brillado en todo su esplendor, donde en definitiva, no se haya verificado plenamente la gran profecía: *“No habrá más que un*

solo rebaño bajo la dirección de un solo pastor”.

Yo comparto esta última interpretación. Es más acorde con el testimonio de las Sagradas Escrituras. Basta con mirar un mapa para darse cuenta de que la ley evangélica está lejos de haber sido promulgada a todos los pueblos y que innumerables multitudes, en el momento actual, están todavía instaladas en la tinieblas y no tienen ni el mínimo atisbo de las verdades reveladas. ¿Puede decirse que al día de hoy se haya predicado en la mayor parte de la tierra, en todas las provincias de la India, de China, en la mayor parte de los archipiélagos,

que sus días de fuerza están contados y de que el tiempo en que se les ha concedido prevalecer no podrá durar mucho? Por eso enrolan en la guerra impía contra la Iglesia todas las corrupciones rencorosas, todas las hipocresías impacientes por quitarse la máscara, todas las ciencias hostiles, todas las políticas desconfiadas y ateas. La revolución levanta enérgicamente su estandarte contra la religión, la propiedad, la familia, mina las bases del edificio social y ataca simultáneamente todos los puntos. La prensa, liberada de todo freno, inocular, a través de sus mil órganos, las doctrinas más subversivas y los



venenos más mortíferos. El trono diez veces secular de la Santa Sede, atacado con audacia infernal y señalado como una institución de igno-

con el suficiente esplendor, de modo que sean inexcusables los que hayan rechazado obedecerlo?

Por lo tanto, hemos de esperar luchas y resistencias encarnizadas. Pueden preverse persecuciones a la Iglesia más terribles que las sufridas hasta ahora. Pero, por otra parte, hemos de aprender a escrutar los pensamientos de Dios y a leer los decretos de su poder.

En la actualidad numerosos indicios presagian una gran victoria del Cristianismo. ¿No tienen nuestros enemigos este presentimiento? ¿Un instinto secreto no les advierte de

rancia y oscurantismo que desentona en medio de los esplendores de nuestra civilización, ha sucumbido bajo esta multitud de esfuerzos combinados; se ha derrumbado de arriba abajo, sin que, humanamente hablando, pueda alimentarse la esperanza de que vuelva pronto a levantarse.

Pero lo que nos hace esperar una nueva era gloriosa para la Iglesia es precisamente la audacia increíble y la rabia incesante de nuestros enemigos. En nuestros días se ataca al Cristianismo por todas partes: en las artes, en las ciencias, en la Iglesia y en el Estado, tanto en Europa como en Asia, en

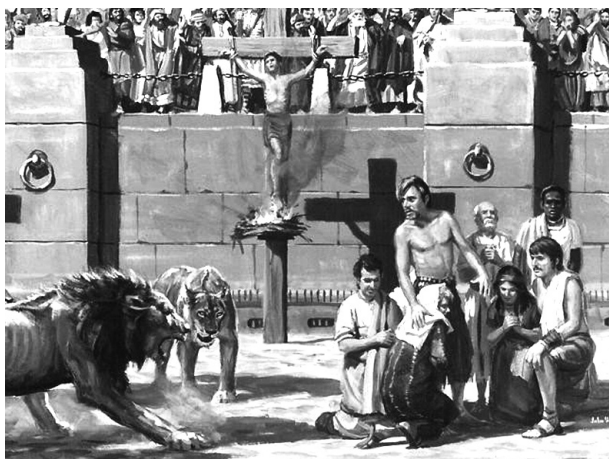
el viejo y en el nuevo mundo. Éste es el signo cierto de que triunfará en todas partes y en todos los lugares. ¿En qué momento? Sólo Dios lo sabe, pero es seguro. La sangre de los mártires se convierte en semilla de cristianos, la Iglesia tiene promesas inmutables. Al salir del Mar Rojo entrará en la Tierra

Prometida. A la hora de las tinieblas le sucederá la de la luz y la del triunfo. Después de los ultrajes del Gólgota, escuchará cómo resuenan a su alrededor las bendiciones y los hosannas de la liberación.

Por tanto, no perdamos el ánimo. Saludemos el futuro que se prepara. Y si, en el momento actual, nuestra patria está en la proa de las convulsiones, como el hijo pródigo del Evangelio, no tardará en recordar la paz y el honor de los siglos de su juventud; se librará de sus cadenas y de la venda de su ignominia.

Y si el fin del mundo debe aplazarse largos siglos, ¿qué son los siglos comparados con la eternidad? Un segundo, un instante más fugaz que un relámpago.

Pero aunque Jesucristo ha querido que ignoremos el momento preciso del fin del mundo, ha juzgado útil informarnos en detalle sobre el modo y las circunstancias de ese gran acontecimiento. En cuanto al mundo, dice el Señor que su destrucción será instantánea y de improviso: *“el día del Señor llegará como llega un ladrón”* (2 Ped 3,10). Sucederá en una época



en la que el género humano, inmerso en el sueño del más profundo abandono, estará a mil leguas de pensar en el castigo y la justicia. La misericordia divina habrá agotado todos sus recursos y todos sus medios de acción. El Anticristo habrá aparecido. Los hombres de todos los lugares habrán sido llamados a conocer la verdad que por un abuso criminal de las gracias, volviendo a todos sus apegos y aspiraciones hacia los bienes y los placeres burdos de esta tierra, se apartarán de Dios hasta el punto de no ver el Cielo y de no acordarse de sus justos juicios. Toda la fe se apagará en los corazones. Toda carne habrá corrompido sus caminos. La divina Providencia juzgará que ya no hay remedio.

Sucederá como en tiempos de Noé. Los hombres vivían entonces despreocupados, plantaban, construían casas suntuosas, se burlaban del viejo Noé, que trabajaba día y noche en la construcción de su arca; hasta el día en el que llegó el diluvio y anegó toda la tierra. Así, la catástrofe final se producirá cuando el mundo se sienta más seguro: la civilización

estará en su apogeo, el dinero abundará en los mercados, los fondos públicos no habrán sido nunca más abundantes. Habrá fiestas nacionales, grandes exposiciones, la humanidad, rebotando de una prosperidad material inaudita, ya no esperará nada del Cielo; apegada vilmente a los más bajos placeres de la vida, dirá como el avaro del Evangelio: “Alma mía, tienes bienes para muchos años, bebe, come, diviértete...” Pero, de repente, puesto que esto sucederá en tinieblas y a esa hora fatídica de media noche en la que el Señor apareció por primera vez en su rebajamiento, aparecerá en su gloria; los hombres, despertando sobresaltados, oirán un gran estruendo y un gran clamor y escucharán una voz diciendo: “*Ya está aquí Dios, salid a su encuentro*” (Mat. XXV, 6).

En tiempos de Noé y del diluvio, los hombres, antes de perecer, tuvieron tiempo de darse cuenta y obtener la gracia del arrepentimiento, ya que el desastre fue presentándose de forma progresiva; aunque no todos llegaron a conseguir salvarse mientras vivían. “*Fue a los limbos a predicar y a librar a los que en otro tiempo habían sido incrédulos, cuando en los días de Noé se beneficiaron de la paciencia de Dios*” (1 Ped. III, 19 y 20).

Pero en el día del juicio todo tendrá lugar con una rapidez y una violencia sin igual. Jesucristo nos lo dice: “*El que esté en lo alto de la*

casa, que no se tome la molestia de bajar a recoger algo. Y el que esté en el campo, que no vuelva atrás a coger sus ropas. ¡Desdichadas las que estén encintas o criando en aquellos días...!” (Mat. XXIV, 17-19)

Pero, ¿cómo será esta tremenda destrucción?, ¿cuál será la causa o el agente principal, el instrumento directo e inmediato? Las Sagradas Escrituras nos enseñan que el mundo no perecerá por una inundación como en el diluvio, que no se derrumbará



por un terremoto, que no será sepultado por la ceniza y la lava, como lo fueron, bajo el reinado de Tito, Herculano y Pompeya, sino que arderá y será exterminado por el fuego. Así lo creían ya Cicerón antiguamente, los egipcios y los filósofos persas. Pero lo que hay que subrayar es que la ciencia actual, al igual que la Sagrada Escritura, ha constatado que el fuego fue la primera fuerza creada que desplegó su energía y manifestó su actividad. La naturaleza fue fecundada por el fuego, los elementos fueron puestos en funcionamiento por él; por él se originaron las grandes revoluciones del mundo primi-

tivo, se levantaron las montañas, se produjeron los astros y, en fin, nació todo el orden, toda la variedad del universo tal como se ofrece a nuestra vista y a nuestra admiración. Aquí no estamos fantaseando, nuestra palabra no es nuestra; es la de todos los profetas que han hablado, la de todos los evangelistas que han narrado.

En efecto, si la tierra y lo que ella contiene deben desaparecer un día a causa del fuego, los bienes de este mundo no son más estimables que los palos y la paja; y por tanto, ¿para qué convertirlos en el objeto de nuestros deseos y preocupaciones? ¿Para qué empeñarnos en construir y dejar huellas de nuestro talento y de nuestro poder, donde no tenemos morada permanente y donde la belleza de este mundo será arrancada como una tienda de campaña que ya no tiene viajeros que cobijar?

¿Diremos que este temible cataclismo no sucederá sino después de siglos de siglos? Pero Jesucristo nos dice que esos siglos de siglos no son sino un instante comparados con la eternidad, y cuando llegue el momento y desde las regiones de la vida futura seamos testigos y actores de este drama supremo, la duración total de la humanidad nos parecerá tan corta, que pensaremos que a penas ha durado un día. En definitiva, nos dice que meditemos estos grandes misterios porque es seguro que nos sorprenderán y que el momento llegará antes de lo que pensamos.

Cualquier cantidad

de siglos, dice el Espíritu Santo, no es más que un día que ha pasado. De la misma manera que en el firmamento hay estrellas separadas por miríadas de leguas y que, por la distancia, parece que se confunden y no forman más que un solo punto cuando se las observa desde la tierra, así desde las alturas de la vida de Dios, en las que un día nos sumergiremos, el tiempo será como si no hubiera pasado. Un año, cien mil años, millones de años contemplados desde la eternidad, nos parecerán simples puntos.

Entonces no habrá otra distinción entre los hombres que la del mérito y la virtud. Todos los pensamientos vanos y ambiciosos habrán desaparecido. La política habrá cesado. La propia ciencia será destruida. ¡Dichosos los que hayan escuchado la palabra divina y la hayan guardado fielmente en su corazón! Esos serán llamados los predestinados, ya que, como dice San Juan, sus nombres están escritos en el libro de la vida del Cordero degollado, desde la creación del mundo (Ap. XIII, 8).

**¡Qué este sea nuestro destino!
¡Así sea!**



Segunda Conferencia

La Persecución del Anticristo y la Conversión de los Judíos.

El mundo tendrá fin. Se trata de una verdad que hemos establecido y que se demuestra igualmente por la fe y por la razón. Pero la fecha precisa de ese día es un secreto guardado en las profundidades de los consejos divinos.

Ya en tiempos de San Pablo, iluminados y falsos cristianos interpretaban en un sentido tosco y literal las palabras del Evangelio de San Mateo. A la espera de la catástrofe que les iba a azotar, alejaban a los hombres de sus deberes religiosos y civiles, les invitaban a no casarse, a no luchar, a dedicarse a una inactividad enajenante. San Pablo creyó que debía desengañar a esas almas seducidas y extraviadas y les dijo: *“Os ruego hermanos míos, que ninguno de vosotros se deje engañar de ninguna manera como si el día del Señor estuviera a punto de llegar. Ya que el Hijo de Dios no descenderá por segunda vez antes de que hayamos visto aparecer al hombre de pecado, al hijo de perdición, que se declarará como el adversario, elevándose sobre todo lo que lleva el nombre de Dios o es objeto de culto, hasta sentarse en el santuario de Dios, exhibiéndose allí como si él fuera Dios”* (2 Tes II, 3-4).

He aquí un hecho preciso, enunciado por el Espíritu Santo y anunciado claramente por San Pablo con el fin de disipar los temores a los que se abandonaban algunos espíritus; para ayudar a los cristianos fieles a mantenerse en guardia contra los falsos

sistemas y las predicciones inciertas y aventuradas.

Se desprende del pasaje que acabamos de citar, que antes del fin del mundo aparecerá sobre la tierra un hombre terriblemente perverso, investido de un poder en cierto modo sobrehumano que, atacando a Jesucristo, emprenderá contra Él una guerra impía e insensata. Por el temor que inspirará ese hombre, y sobre todo por su doblez y su capacidad seductora, conseguirá conquistar la casi totalidad del universo, erigirá altares para sí mismo y forzará a todos los pueblos a adorarlo.

La casi totalidad de los Doctores y de los Padres, San Agustín, San Jerónimo, Santo Tomás, afirman claramente que este terrorífico malhechor, ese coloso de la impiedad y de la depravación será un ser humano.

Los Padres y los Doctores se dedicaron a investigar los orígenes del Anticristo, a descubrir de qué padres nacerá y cuál será su raza. Todos se inclinan por la opinión de que nacerá de padres judíos y la mayoría afirma que pertenecerá a la tribu de Dan. Todos concuerdan en que conseguirá, por sus engaños y sus encantos, hacer creer a los judíos que él es el Mesías que siempre esperan, y que ellos, en su ceguera, lo recibirán y lo honrarán como tal.



“Yo he venido en nombre de mi Padre y no me recibís; si otro viene en su propio nombre a ése le recibiréis” (Jn. V, 43). *“Porque no quisieron recibir a la verdad que les hubiera salvado, Dios les enviará un poder seductor; de manera que crean en la mentira”* (2 Tes. II, 10-11). Y es que, ¿sería verosímil que los judíos aclamaran como Mesías a un hombre que no fuera de su raza y no hubiera sido circuncidado? Por tanto, el Anticristo será judío. Su odio contra Dios será tan violento, su rechazo a toda obra buena será tan invencible, sus relaciones y contactos con el espíritu de las tinieblas serán tan estrechos y constantes que, desde la cuna hasta su último aliento, permanecerá rebelde a todas las invitaciones divinas y la gracia de lo alto no accederá nunca a su corazón.

Desde su origen, el espíritu del mal no ha perseguido más que un solo objetivo: usurpar el lugar del Todopoderoso y constituir aquí abajo un reino para resarcirse de la pérdida del reino del Cielo, del que lo excluyó su rebelión. Así pues, el adversario de los últimos tiempos no se contentará con erigirse como el enemigo personal y declarado de Jesucristo. Aspirará abiertamente a destronarlo, a suplantarlo en los homenajes y en la veneración de los hombres, a adjudicarse a sí mismo la adoración y la gloria que sólo se le deben al Creador. Dice Santo Tomás que afirmará ser el Ser supremo y eterno, y por dicho título se hará rendir honores y culto de latría.

Y en sus consejos secretos, el Señor del Cielo permitirá que ese tizón del Infierno triunfe durante un cierto tiempo. En esos momentos, el peli-

gro para las almas será grande y el contagio será universal por el escándalo. No obstante, para que aquellos que se dejen sorprender no culpen de su desgracia sino a ellos mismos, el Espíritu Santo ha querido anticiparnos las principales fases de esta prueba terrible y decisiva, la última que soportará la humanidad.

En primer lugar, para revelarnos la violencia y la ferocidad del hombre de pecado, la habilidad con la que dirigirá la guerra que emprenderá contra los santos. San Juan nos dice que estará investido de una soberanía absoluta, que su poder se extenderá a todas las tribus, a todos los pueblos, a todos los hombres de cualquier nación y lengua, y no habrá libertad más que para el mal.

Por último, será versado en las ciencias ocultas y en el arte de la magia; realizará obras maravillosas que los hombres seducidos considerarán verdaderos milagros. En fin, el orgullo del hombre de pecado no tendrá límites. Abrirá su boca lanzando blasfemias contra Dios, se creará en el derecho, dice el profeta Daniel, de cambiar los tiempos y las leyes, es decir, que abolirá las fiestas y el descanso dominical, modificará el orden de los meses, su duración y la división de las semanas, borrará del calendario los nombres cristianos para sustituirlos por el símbolo de los más viles animales. En una palabra, esta falsificación de Cristo será atea, en toda la fuerza expresiva de la palabra. Hará desaparecer la cruz, sustituirá, en todos los templos, el sacrificio cristiano por ritos abominables. Los pulpitos sagrados serán enmudecidos; la enseñanza y la edu-

cación serán laicas, obligatorias y, en ellas, Dios estará ausente. Jesucristo será desterrado de la cuna del niño, del altar donde se celebran los desposorios, de la cabecera de los moribundos. En toda la extensión de la tierra no se tolerará que se adore otro dios que al ungido de Satán.

Dios, en sus designios impenetrables, ha querido dárnoslo a conocer para que desde ahora nos preparemos a resistir recurriendo a Él mediante la oración y proveyendonos de las armas espirituales de la caridad y de la fe.

Por otra parte, el Anticristo está destinado a hacer resurgir y a manifestar con esplendor la fidelidad y la constancia de aquellos cuyos nombres están escritos en el Libro de la Vida, a los que todas sus violencias y sus artimañas unidas no conseguirán hacer vacilar.

Pero, en otro aspecto, es cierto que esta perseverancia formidable constituirá un principio de ruina y la espada



los dirigentes de los pueblos doblar la rodilla ante el ídolo reinante y, lo que es más desolador aún, entre los que enseñan la ciencia, los astros de la teología, las bocas de oro de la sagrada elocuencia, un gran número desertará de la verdad y se dejarán arrastrar por la corriente de depravación. San Juan habla también de un signo extraño y misterioso que todos estarán obligados a llevar en la mano o en la frente; este signo será la señal de la apostasía, que testimoniará que todos los que lo llevan, han renegado del verdadero Cristo y se han enrolado bajo la ban-

dera de su enemigo. Estos, gozarán en abundancia de las ventajas de la situación; tendrán los mejores sueldos, los empleos públicos, profusión de deleites sensuales y de todos los bienes deseables. Los que rehúsen este sello de abominación serán



de la gran división: *“para que queden al descubierto las intenciones de muchos corazones”* (Lc. II, 34-35). Las apostasías serán numerosas y los actos de resistencia valiente pocos. Está escrito que las virtudes de los cielos serán sacudidas y que las estrellas caerán. En otras palabras, se verá a

puestos fuera de la ley. se les prohibirá beber en la fuentes públicas, se les declarará indignos hasta de ver la luz y de respirar el aire puro de la atmósfera. Habrá una gran desolación, los justos sufrirán la vergüenza pública; se les tratará de insensatos, de perturbadores del orden público; se les acusará

de pisotear el honor y el patriotismo al rehusar aclamar al hombre como lo más grande que existe en el mundo, como el genio incomparable que hará elevarse a la civilización humana al apogeo de la perfección y del progreso. Si los justos no fueran asistidos por una especial ayuda, ni uno solo podría resistir la violencia de semejante tentación.

En los días nefastos de la Revolución Francesa, quedaron algunos asilos, lugares seguros a los que se podían acoger los condenados y los proscritos. Los campos estaban sanos; había bosques impenetrables, caminos secretos y disuasorios. Pero en la época que pretendemos describir, la ciencia y los descubrimientos humanos habrán alcanzado su punto culminante. Todas las montañas estarán perforadas, ya no habrá peñones, cavernas, islas ni desiertos, donde la libertad pueda conseguir un refugio. Incluso el hogar doméstico no será un lugar seguro.

Los profetas nos dicen que en esta época el Oriente volverá a ser de nuevo el centro de la política y de los negocios humanos, que el impostor tendrá la manía y la rabia ciega de profanar los santos lugares, los que fueron el escenario de los trabajos y los sufrimientos del Hombre-Dios y asentará su realeza en Jerusalén. Pero, para consolarlos, nos dicen que Dios abreviará la duración de su poderío y que lo limitará a cuarenta y dos meses.

Sin duda que el número indicado por los Libros Sagrados no expresa la duración del tiempo que empleará el hombre de pecado para conquistar la tierra y conseguir su

“omnipotencia”. Es de pensar que no conseguirá la soberanía total sino progresivamente, que necesitará un espacio de tiempo más o menos largo para someter a los pueblos y enredar al universo entero en la red tenebrosa de sus astucias y de sus seducciones.

De lo que se deduce que, es a partir del momento en que Jesucristo cese de estar presente sobre nuestros altares y de ofrecerse como víctima a la justicia de su Padre, como compensación de los crímenes de los hombres, cuando se debe contar el día en el que el Anticristo haya obtenido el señorío universal: solamente entonces cesará de celebrarse el sacrificio incruento del altar; pero hasta ese día y durante el tiempo que el Anticristo tarde en conseguir su realeza efectiva, se seguirá celebrando el santo sacrificio de la Misa.



Pero Dios, dice San Pablo, es fiel; ha hecho un pacto y no permite que el hombre sea tentado más allá de sus fuerzas. En este caso la tentación excederá las condiciones y las leyes normales de la naturaleza humana, por ello, el auxilio prometido es el más sobrehumano, el más extraordinario, el más apartado de las normas de la historia y del ejercicio ordinario de la Providencia de todos los que el Cielo ha mandado a los hombres, exceptuada la Encarnación.

San Juan no nos indica cuál será la suerte del Anticristo, pero San Pablo nos enseña *“que el Señor Jesús lo aniquilará con el aliento de su boca y con el esplendor de su venida”* (2 Tes. II, 8). Muchos han concluido de este pasaje que Jesucristo descenderá en persona para derrotar a su gran adversario y que este día será aquel en el que aparezca con su gloria y su majestad. Lo que es cierto es que en un instante, Satán será expulsado a las tinieblas del abismo, el reino del malvado será destruido totalmente y su poder, que aspiraba a elevarse hasta las estrellas, se desvanecerá como una nube de humo.

San Pablo, el Apóstol inspirado, el que de todos los hijos de Israel ha visto más claro el futuro y los destinos de su pueblo, que según la profecía de Malaquías, no serán devueltos a la verdad sino por la iluminación de la predicación de Henoc y Elías, y poseído por un santo delirio escribe: *“Si la caída de los judíos, dando ocasión a la*

conversión de los gentiles, fue fuerza para la Iglesia y riqueza para el mundo, su resurrección ¡cuánto la enriquecerá ante el mundo! y si su ruina se convirtió en salud para la humanidad, ¡qué será su vuelta sino una resurrección de la muerte a la vida para el mundo! (Rom. XII, 12)

Son palabras precisas y no parece que den lugar a ninguna duda. Conciuerdan con las de San Juan: *“Y vi, dice, a los que habían vencido a la bestia y a su imagen; cantaban el cántico de Moisés y el cántico del Cordero”* (Ap. XV, 2-3).

¿Puede creerse, en efecto, que el día en el que todos los pueblos se unifiquen en esta concordia, tan largo tiempo deseada, será aquel en el que los cielos pasen con estrépito? ¿Que la época en la que la Iglesia militante va a alcanzar su plenitud coinci-



dirá con el día de la catástrofe final? ¿Jesucristo habría hecho renacer a la Iglesia con todo el lustre y brillo de su hermosura sólo para secar inmediatamente las fuentes de su juventud y de su inagotable fecundidad? Pero aunque es posible admitir que después del Anticristo el fin del mundo se aplase todavía unos cuantos siglos, no es posible decir otro tanto de la crisis suprema que debe ocasionar la realización de la gran unidad. Pues, por poco que se estudien los signos del tiempo actual, los síntomas amenazantes de nuestro estado político y de nuestras revoluciones, la marcha ascendente de la impiedad que va pareja con el progreso de la civilización y de los descubrimientos en el orden material, no se puede evitar prever la proximidad de la llegada del hombre de pecado y de los días de desolación que Jesucristo nos predijo.

Las Sagradas Escrituras nos indican tres rasgos principales que marcarán la dominación del Anticristo. En primer lugar, será emperador y señor absoluto del universo. En segundo lugar, tendrá por capital a Jerusalén. En tercer lugar, será no menos hábil que violento, y la guerra que librárá contra los santos se llevará a cabo sobre todo mediante la astucia y la seducción. Después, se producirá una gran aglomeración de todos los habitantes de la tierra, bajo el cetro de un jefe único, que será o el Anticristo o uno de sus inmediatos predecesores. Y entonces se fundará el imperio del mal. Así, cualquier observador, atento al curso de los acontecimientos actuales, no puede impe-

dir llegar a la convicción de que todo se está preparando para alumbrar un estado social donde el hombre de pecado, surja espontáneamente y sin ningún esfuerzo, como el parásito es engendrado naturalmente por la carne o los órganos gangrenados.

Pero lo que parece incomprendible y que, a primera vista, no parece haber signo alguno que lo presagie, es que la capital de su imperio vaya a ser Jerusalén.

Pues, he aquí que, un pueblo se encuentra por todas partes, está esparcido bajo todos los cielos, está mezclado con toda la familia humana, siempre en pie, siempre a la espera de su Mesías, soñando en la reconstrucción de su templo y a pesar de todos los cambios y de todas las sacudidas, inquebrantable en su homogeneidad y en la persecución de su objetivo. Sentiría que mis palabras pudieran parecer un ultraje contra este pueblo de gloriosos antepasados, que dio al mundo a Cristo, a los Apóstoles, a la Virgen Inmaculada, pues los cristianos y los hijos de Israel estamos más cercanos los unos de los otros que lo que nosotros pensamos. Sin embargo, los hechos están ahí y al filósofo cristiano le es imposible silenciarlos o disimularlos. No hacía todavía un siglo de la emancipación de este pueblo y, como un torrente que ha roto todos los diques, estaba ya a la cabeza de todos los sucesos humanos. Nacido ayer a la vida civil y política, domina por todas las partes y sin él nada se puede hacer en el mundo. Él paga y tiene a su servicio todas las agencias de publicidad y los principa-

les periódicos. Es el acreedor de los grandes Estados de Europa. Le pertenecen los ferrocarriles, los grandes inventos, los bancos, los teatros; está a la cabeza del gran movimiento socialista que conmueve a Rusia, Alemania, Francia; reina sobre los principados danubianos, lleva la voz cantante en los altos consejos de la francmasonería y dirige su desarrollo y sus proyectos. La influencia siempre creciente del judaísmo constituye, en el momento actual, una amenaza para la civilización, para la seguridad y para la existencia de los pueblos cristianos.

En realidad el judaísmo es una doctrina y una fe confesional injertadas en una nacionalidad y una raza. Pero el judío no es integrable; está acampado en medio de los otros pueblos en situación de alquiler, se considera, en medio de las otras naciones, como un exiliado, como un cautivo. En lugar de una patria real, no tiene más que una patria ideal, Palestina. Jerusalén es la única ciudad estable por la que él suspira. En sus discursos, en sus escritos, en cada página de sus diarios y de sus revistas, deja que se manifieste la esperanza de la que no cesa de alimentarse, la de reconstruir un nuevo reino judío bien en Jerusalén, bien en los alrededores. No son pues la nacionalidad ni la sangre las que impiden que el judío se fusione ni las que lo ponen en hostilidad abierta contra los otros pueblos, sino la religión: no la religión

mosaica que abandonó y no conoce más que de nombre, sino su religión talmúdica y rabínica, mezcla de absurdos y de fábulas incoherentes, que no

descansan sobre la base evangélica del amor al prójimo, sino sobre la obligación de dedicar un odio profundo a todo lo que no ha nacido de su sangre. Esta es la cuestión judía.

Ahora bien, si tomamos Israel en su universalidad, sin te-

ner en cuenta a los hombres de esta nación caídos en el racionalismo y la incredulidad, el núcleo de la raza judaica no ha cesado de soñar con las mismas ilusiones que acabamos de señalar: en el Mesías que siempre espera continúa viendo un poderoso conquistador que someterá a la tierra.

¿Es pues inverosímil que, en condiciones sociales como las nuestras, donde los sucesos más terribles y más imprevistos surgen en un abrir y cerrar de ojos con la rapidez del gas y del rayo, se pueda encontrar un hombre que, empleando hábilmente el caos en que nos habrán sumido nuestras revoluciones, llegue a fascinar a las multitudes, a convertirse en señor de los espíritus y de los corazones y que, enarbolando el estandarte de la regeneración mundial, lance un grito de unificación del que se harán eco todos sus correligionarios y llegue así a la conquista de un poder universal, a un prodigioso dominio de las almas y de los cuerpos, dominio que será aceptado con entusiasmo



por todos los pueblos extraviados y seducidos?

En fin, ¿no se puede creer que este hombre poderoso y perverso, que apaciguará el mundo con las garras de un despotismo sin nombre y sin medida y que unificará al género humano mediante la servidumbre de las conciencias y la humillación de los ánimos, será el personaje descrito y predicho por San Juan como el Anticristo y del que la Divina Providencia habrá querido servirse para desengañar a Israel que al instante lo habrá saludado como su Mesías y su rey?

Finalmente, ¿cuáles serán las características de la persecución del Anticristo?

Cornelio a Lápide, Suárez, además de las Escrituras y los Padres, señalan sus principales rasgos. Ante todo, lo que es cierto y casi de fe, es que de todas las persecuciones que la Iglesia ha tenido que sufrir, la del Anticristo será la más terrible y la más violenta. En primer lugar, porque esta persecución será general y se extenderá a toda la tierra. En segundo lugar, porque no estará inspirada por la superstición y el fanatismo, ni por un afecto ciego al culto de los ídolos, como lo fueron las persecuciones desencadenadas por los emperadores paganos, sino que será una persecución exclusivamente impulsada por el odio a Dios, donde Dios y su Ungido serán tomados como objetivo directo, cuyo único fin será el exterminio del reino de

Dios, la aniquilación total del Cristianismo y de toda religión positiva. Todos los hombres, sin excepción, serán obligados a rendir un culto de latría a Satanás personificado en el Anticristo, es decir, en el hombre más impío, el más abominable que jamás ha producido la humanidad.

En tercer lugar, esta persecución, que señalará los últimos tiempos, se ejercerá con una seducción en cierto modo irresistible, para inducir al error hasta a los elegidos, si esto fuera posible.

Desde el principio, el Anticristo persuadirá a los judíos de que él es el Mesías. San Pablo, al decirnos que se hará adorar en el templo de Dios, parece indicarnos que reconstruirá el templo de Jerusalén destruido por Tito, de arriba abajo; en consecuencia volverá a ordenar la circuncisión y restablecerá durante un tiempo los sacrificios sangrientos y los otros ritos de la religión judaica.

Respecto a los extraños a la religión judía, los atraerá hacia él sobre todo con la persuasión y la elocuencia. Estará versado en todos los artificios y será instruido por el mismo demonio en todos los conocimientos



útiles para los fines a los que el espíritu del mal lo destina. San Anselmo nos dice que conocerá todas las ciencias naturales y sabrá de memoria todos los textos de la Escritura. Además se ganará a los hombres sem-



brando en abundancia oro y riquezas. Él será el sujeto más rico de la tierra.

En cuarto lugar, llenará de admiración a todos los hombres, por su ingenio y por la rapidez prodigiosa con la que será elevado a la cima de la fortuna y de la omnipotencia. A los ignorantes y a la muchedumbre los fascinará mediante prodigios. El hombre de pecado no hará, pues, milagros verdaderos como Jesucristo, sino que los hará falsos y aparentes. Todas sus obras maravillosas no serán en realidad más que ilusiones y fantasías. Para embaucar mejor a los hombres, el Anticristo autorizará la lujuria y las licencias de la carne y ofrecerá las voluptuosidades más embriagadoras.

En quinto lugar, la persecución del Anticristo será la más inhumana y la más sangrienta de todas las que jamás ha sufrido el Cristianismo. Jesucristo nos lo asegura cuando dice:

“Habrá una tribulación tan grande como no la ha habido desde el comienzo del mundo hasta el presente y no la habrá jamás” (Mat. XXIV, 21). Se puede conjeturar que estará relacionada con dos causas. La primera es el colosal poder y los medios prodigiosos de fuerza y de destrucción que el Anticristo poseerá, junto con la impiedad y el furor de los hombres encargados de la ejecución de sus órdenes. La segunda será la espantosa malicia del demonio, pues dice San Juan que en aquellos días Dios le dejará salir de la prisión de llamas donde está encadenado y le dará una licencia absoluta para seducir y saciar su odio contra el género humano.

De ahí se deduce, dice San Cirilo, que aún habrá multitud de mártires, más gloriosos y más admirables que los que combatieron antaño contra los leones en los anfiteatros de Roma y de las Galias. Estos no tenían que



luchar más que contra simples ministros del demonio, pero los confesores de los últimos tiempos tendrán que luchar contra el que es homicida desde el principio. El enemigo antiguo desplegará para atormentarlos

suplicios monstruosos y refinamientos inauditos, sin igual en los siglos pasados, y que el espíritu humano no llegaría jamás a inventar.

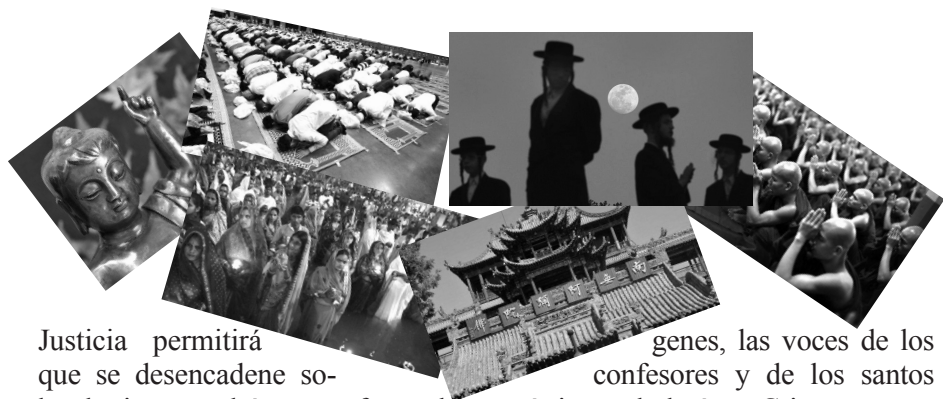
En fin, el último dardo de la persecución del Anticristo será de una violencia tal que llegará a hacer apostatar casi a la totalidad de los cristianos. San Pablo nos enseña que Jesús no volverá por segunda vez antes de que suceda la gran apostasía. San Agustín, al interpretar estas palabras del Apóstol, nos dice que aunque en todos los tiempos se han visto fieles que renunciaban a Jesucristo por efecto de los engaños de los herejes y del miedo a los perseguidores y tiranos, sin embargo, la defección que se producirá bajo el Anticristo es llamada la apostasía propiamente dicha: apostasía, por el número, por su universalidad y porque excederá todo lo que se ha visto en los tiempos anteriores.

Sin embargo, no se podría concluir de estos testimonios que no quedarán elegidos sobre la tierra, ni que el Hijo de Dios faltará a la promesa hecha a su Iglesia, cuando le dijo que a causa de los elegidos estos días se abreviarán. San Agustín afirma que en el reino del Anticristo habrá multitudes de mártires que brillarán por su constancia heroica, habrá igualmente un número más

o menos parecido de confesores, que se refugiarán en cuevas o en montañas escarpadas o abruptas y Dios velará para que estos refugios escapen a la vigilancia y a las investigaciones de los perseguidores y no permitirá al demonio que los delate.

En otras palabras, una vez que el hombre de pecado haya hecho flaquear con sus amenazas al género humano y lo haya enredado en la maraña de sus mentiras y de sus astucias, ya no guardará ninguna medida, descubrirá todas sus baterías y procederá a cara descubierta. No aguantará más que se adore o se invoque otro dios que él mismo, se proclamará el único señor del cielo y de la tierra. Él no se encontrará personalmente presente en todas las partes, será a su imagen o a su estatua a la que los hombres serán obligados a rendir sus homenajes. No tolerará ya ni la religión mosaica, ni siquiera la religión natural. Perseguirá con el mismo encarnizamiento a los judíos, a los cismáticos, a los herejes, a los deístas y a todas las sectas que admiten la existencia de un ser supremo y la inmortalidad de la vida futura. Pero Dios, en su sabiduría, sacará bien del mal. Esta horrible tempestad que su





Justicia permitirá que se desencadene sobre la tierra tendrá como efecto el hacer desaparecer los cultos falsos. Abolirá, junto con el judaísmo, los restos del mahometanismo, las supersticiones y todas las religiones hostiles a la Iglesia. Propinará el golpe de gracia a las sectas tenebrosas. La francmasonería, el carbonarismo, el iluminismo y todas las sociedades subversivas desaparecerán en la vorágine de impiedad que será su obra; la que ellas habían preparado durante siglos, pensando que sería su triunfo decisivo y supremo. Sin pensarlo, habrán cooperado a fundar el reino de la unidad anunciado por el profeta que dice que habrá un solo rebaño y un solo pastor. El triunfo del Impío será de poca duración.

Pero los consuelos que vendrán a continuación serán universales, abundantes, proporcionados a la magnitud de las tribulaciones que la Iglesia habrá sufrido.

Voces de ángeles, voces de vír-

genes, las voces de los confesores y de los santos mártires saludarán a Cristo con sus alabanzas y sus aclamaciones, le darán las gracias por su victoria sobre el Anticristo y por el exterminio de los impíos. Todos los hombres, convertidos en adoradores del mismo Dios, profesando una misma fe, unidos en la misma adoración, participando en la misma mesa, gritarán al unísono: "El reino de este mundo se ha convertido en el reino de Nuestro Señor y de su Ungido... Te damos gloria, Señor Dios Todopoderoso, el que es, el que era y el que será, porque has recibido tu gran poder y reinas.

¡Sea para gloria de Dios!

Continuará...

